

ARTÍCULO SOBRE LAS BODAS DE ORO SACERDOTALES DEL PAPA

3. Esta interdisciplinariedad propia de la nueva Facultad, cuyo plan de estudios comprende también disciplinas teológicas, canónicas y filosóficas, es una nueva ocasión para incrementar aún más la colaboración ya existente entre las Facultades y entre los profesores, reforzando en todos la convicción de que cada una de las ciencias profundiza algún aspecto específico de la única Verdad.

Aunque lo sabéis bien, permitid que os recuerde que el peor enemigo de cualquier cuerpo social —y, por tanto, también de una comunidad académica— es la falta de unidad. Para que vuestro trabajo sea eficaz, es necesario que cada uno renueve todos los días el deseo de colaborar con los demás: muchas de las iniciativas que habéis tenido —como los Departamentos, los seminarios inter-disciplinares, y ahora esta nueva Facultad— constituyen expresiones concretas del deseo y del esfuerzo de los profesores y de las Facultades por realizar un trabajo de investigación y de enseñanza que se enriquece con la colaboración de todos. Os invito a proseguir por esta senda, manteniendo y renovando esa actitud de cooperación. Los frecuentes intercambios de pareceres, el trabajo en equipo, el interés por las iniciativas y las publicaciones de los demás profesores, la disponibilidad para confrontar ideas y para ofrecer y recibir sugerencias, el respeto de las opiniones ajenas —siempre con fidelidad al depósito de la fe—, el amor a la libertad personal..., son algunas de las características principales de ese espíritu de colaboración que ya ahora —y cada día más— multiplicará la eficacia de la investigación y la docencia de los profesores, el estudio de los alumnos, y el trabajo de todos.

Con estos deseos, declaro inaugurado el año académico 1996-97.



El 13-XI-1996 fue publicado en el diario italiano "La Stampa" un artículo del Prelado del Opus Dei con ocasión del jubileo sacerdotal del Santo Padre Juan Pablo II. La intervención de Mons. Echevarría ha sido también recogida en otros países. Entre otros, ha sido publicado, total o parcialmente, por los siguientes periódicos: "Le Figaro" (París, Francia); "Diario de Avisos" (Santa Cruz de Tenerife, España); "Gaceta Regional" (Salamanca, España); "Diario de Burgos" (Burgos, España); "Diario de Navarra" (Pamplona, España); "Correo Gallego" (Santiago de Compostela, España); "O Estado de São Paulo" (Brasil). Reproducimos a continuación la versión castellana publicada en "Diario de Navarra".

Un hombre, entre fidelidad y felicidad

(Reflexiones sobre los 50 años de sacerdocio de Juan Pablo II)

Cincuenta años de sacerdocio. Al unirse en la celebración a todos los sacerdotes que festejan el mismo evento, el Santo Padre le ha dado un significado mucho más amplio: el aniversario de su ordenación invita a reflexionar sobre el sacerdocio. Esta reflexión

—quizá por estar ligada a la figura del Padre común— incluye espontáneamente aspectos que afectan a cada uno de nosotros: intuitivamente, nos sentimos impulsados a valorar esta efemérides como un mensaje sobre el sentido y fruto de la fidelidad.

Como ha expresado Juan Pablo II, «la identidad sacerdotal es cuestión de fidelidad a Cristo» (*Discurso*, 27-X-1995). Estas palabras superan por elevación interpretaciones psicológicas, consideraciones sociológicas y análisis estadísticos de la vocación, para situar el problema en el nivel decisivo: el plano de la experiencia personal, de la verdad vital, que recibe la confirmación más elocuente en la propia existencia.

En la biografía del Papa y de los millares de sacerdotes que celebran con él los cincuenta años de ordenación sacerdotal, redescubrimos una verdad que hemos admitido siempre, aunque a veces podamos ignorarla en la práctica: el nexo vital que une inseparablemente fidelidad y felicidad. Resuena en nuestra memoria con vigor renovado la promesa de Jesús: *Bien, siervo bueno y fiel, le dijo su amo, has sido fiel en lo poco, entra en la alegría de tu señor (Mt 25, 21)*. Me has sido fiel: yo te haré feliz.

Este nexo aparece transparente en la persona del Papa. La fidelidad es la clave de la felicidad, y la felicidad se forja a base de fidelidad diaria, «*en lo poco*». Son términos inseparables, porque están asentados en una raíz común que se hunde no sólo en el terreno de las etimologías, sino de la vida: el amor. Sólo cuando se ama se tiene la fuerza de ser siempre fiel; y sólo quien ama es feliz. Volviendo a la promesa de Jesús, de la que hemos partido, podemos añadir que sólo Cristo es la fuente límpida de este amor. Los ejemplos vivos que este aniversario nos propone muestran cómo el amor, que genera fidelidad, es don de uno mismo hasta el sacrificio: dedicación que conoce el premio de la alegría, porque se entrega sin reserva alguna.

Estos ejemplos de vida sacerdotal evocan las palabras de San Pablo: *por mi parte, con mucho gusto me gastaré y me desgastaré por vuestras almas (2 Cor 12, 15)*. Sólo el modelo de Cristo y la fuerza que nos viene de Él, pueden suscitar la decisión de una entrega de fidelidad sin condiciones a la misión que hemos asumido libremente. Un pequeño episodio en la biografía del Papa, que se repite en la historia personal de tantos sacerdotes y de innumerables cristianos, ilustra esta realidad: un día movido por el cariño un conocido intelectual le sugirió: «Santidad, procure cuidarse más: tanto trabajo le consume». Y el Papa, con el mismo afecto, pero con no menor firmeza, respondió: «por favor, no me dé ese tipo de consejos. Yo estoy aquí para servir, y lo que necesita la Iglesia es un Papa que luche todos los días para ser santo. Además, después de un Papa viene otro».

Esta anécdota resume el mensaje de fidelidad del que hablaba. La lealtad del cristiano no es rutinaria, no es un mero guardar la palabra dada. Es entrega personal renovada cada día, compromiso de servicio que vence cualquier inercia y se manifiesta en todo instante. El hombre fiel —la mujer fiel— no dirige su mirada hacia el pasado, sino a un futuro que se actualiza hoy y ahora. No se contenta con lo que ha dado ya, ni contabiliza los sacrificios realizados. Nunca olvida la enseñanza de San Agustín: «Si dices basta, estás perdido. Crece siempre, progresa siempre, avanza siempre» (*Sermón* 169, 18). Quien es fiel se repite a sí mismo: «Yo estoy aquí para amar y para servir». Y se pregunta: ¿Qué más puedo hacer, qué me queda aún por entregar? El hombre, la mujer fiel a Dios, es perennemente joven, porque su amor mira más al futuro que al pasado.

ARTÍCULO SOBRE LAS BODAS DE ORO SACERDOTALES DEL PAPA

«Desde mi ordenación sacerdotal me he dejado guiar por el Señor por los caminos que Él me ha abierto día tras día» (30-X-1996). Con estas palabras expresaba Juan Pablo II, la víspera de este aniversario, la simplicidad absolutamente lineal de la fidelidad cristiana: abandonarse en Dios, dejarse guiar por Él; pero no como resignado o de modo pasivo, sino colaborando con todas las energías de la libertad en la ejecución de sus designios, cumpliendo con esfuerzo lo que el Señor pide cada día a través de los acontecimientos más sencillos. Ser fieles significa corresponder a la gracia divina. Así se resume la santidad cristiana. Y a esa santidad no están llamados sólo el Papa y los sacerdotes que celebran con él los cincuenta años de ordenación, sino todos los bautizados; una santidad que consiste en entrelazar una cadena de síes a Cristo en las cosas grandes y pequeñas de la vida cotidiana.

Fidelidad en el amor, he apuntado. Pero es preciso añadir: fidelidad a la verdad. *Mi doctrina no es mía, sino de quien me ha enviado (Jn 7, 16)*: Jesús es el modelo originario de esa fidelidad. Anuncia lo que el Padre le ha mandado enseñar a los hombres. La firmeza con la que el Papa proclama en su integridad la verdad revelada, desvela la libertad como faceta importante de la fidelidad: libertad de los condicionamientos culturales, de las presiones, del espejismo ante éxitos fáciles, de los conformismos, de la búsqueda a cualquier precio de consensos que pueden traicionar nuestra identidad más profunda.

Alguno dirá que el precio resulta excesivo. La fidelidad del Papa, desde sus primeros años de sacerdote, ha ido acompañada de la experiencia de la Cruz. Seguir a Cristo es siempre encontrar la Cruz. Así le sucede al sacerdote, y también al padre que pasa tantos sacrificios por el bien de sus hijos, o al trabajador que conoce la fatiga del esfuerzo, o a la persona sin empleo que sufre la inseguridad y las desilusiones... Incluso entonces la fidelidad genera libertad. Porque el dolor no encadena al cristiano a la amargura, sino que lo redime. El secreto de la felicidad está en saber unir el propio sufrimiento al sacrificio de Cristo: «A lo largo de estos años no he dejado nunca la celebración del Santo Sacrificio (...) La Santa Misa es el centro radical de mi vida y de todas mis jornadas» (*Discurso*, 27-X-1995).

El Santo Padre ha mostrado cómo el dolor —dolor físico, en estos últimos años— puede convertirse en energía, en una fuerza nueva que se emplea en el servicio fiel a la Iglesia: «En estos días de enfermedad he podido comprender aún mejor el valor del servicio a la Iglesia al que el Señor me ha llamado, como sacerdote, como obispo, como sucesor de Pedro: un servicio que pasa a través del don del sufrimiento, mediante el cual es posible completar en la propia carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia (*Col 1, 24*)» (13-X-1996). Un corazón enamorado no rehúye la Cruz, porque en ella se une a Cristo. Ahí radica la respuesta más convincente a la pregunta de San Pablo: *¿Quién me separará del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación o la angustia...?* (*Rom 8, 35*). Este aniversario nos recuerda que fidelidad y felicidad son una misma cosa. La seguridad de que el dolor es la forja del amor enreca y fortalece la esperanza del cristiano.

† Mons. Javier Echevarría
Obispo Prelado del Opus Dei
Gran Canciller de la Universidad de Navarra